tación de las jóvenes como ella, casi privadas de esas bonitas chucherías que vuelven locas á las mujeres. Jamás había aceptado nada. « Dame ramilletes de cinco céntimos », le decía á su amigo cuando éste se quejaba de su obstinación en rehusar las joyas que le ofrecía. Esta misma susceptibilidad de querida pobre le había impedido articular en alta voz la palabra matrimonio que continuamente pronunciaba en su pensamiento. La inconsecuencia entre este desinterés casi salvaje y este deseo de casarse con Ademar no era más que aparente. A pesar de creerse anarquista en ciertas cosas, Julia era realmente una « señorita » de la baja burguesía francesa en su sentimiento de lo « tuyo » y de lo « mío ». Deberlo todo á un marido es una dicha. Deber cualquier cosa á un amante es una vergüenza. Por eso no podía soportar la certeza de que su hermano mayor había acudido á Rumesnil en un momento de apuro y, sin duda, en su nombre. A más de esta sensación de orgullo herido, sentía otra : la del terror que le causaba que su hermano llevase á cabo su amenaza y fuese á pedir explicaciones á Rumesnil. Se había representado á los dos jóvenes cara á cara : la cólera del uno, la irritación del otro, acaso un fatal desenlace de esa disputa... Además, estaba en cinta y aun no se había atrevido á hablar á su amante de esa nueva situación que al principio no quería admitir ; pero que la consulta de algunos libros de medicina no le dejaban dudar. No podía menos de reconocer que sentía los primeros signos de un embarazo incipiente. ¿Qué haría en este caso ? Juan devolvería á Rumesnil los cinco mil francos. ¿Pero este pago hecho por el hermano segundo probaría que ella no había sido cómplice del hermano mayor? Porque esto es lo que ella temía, conociendo bien el carácter de Antonio, que hubiera llevado su

audacia hasta pretender que iba enviado por ella. Y si Ademar la creía capaz de esa bajeza; si ella leía en sus ojos azules, á veces muy duros, esa injuriosa sospecha, si adquiría la prueba de que no tenía fe en ella, de que no la estimaba, cuando todo su porvenir dependía ahora de esta fe y de esta estima... Por más que la joven profesara las teorías más atrevidas y se burlase de las preocupaciones y aun de la moral corriente, este nihilismo superficial no la libraba de sentir vergüenza al ver que realizaba la falta á que se había dejado arrastrar. Aun no comprendía cómo. Como otras, había querido jugar con el amor y había sido cogida en ese juego temible, tanto en su corazón como en su carne. La prueba de que amaba verdaderamente á Rumesnil es que, desde el primer momento en que había hecho entrega total de su persona, había conocido, sin querer creerlo, que no era amada. El instinto de la mujer enamorada no tiene necesidad de varias experiencias para saber esta verdad de la vida del corazón : que la señal más indiscutible del amor sincero es el instante que sigue á la satisfacción del deseo. ¡Hay una diferencia tan grande entre el hombre adormecido y el hombre embriagado! Hasta el momento de ser querida de Ademar, Julia estaba segura de la pasión que inspiraba. Pero después de dar al seductor ese derecho absoluto que fácilmente se convierte en pretexto de desprecio, cuando no es un motivo de adoración agradecida, empezaba á dudar. Esta alternativa horrible en el orden del sentimiento para una joven como ella, que hasta entonces había permanecido pura, iba acompañada de otra alternativa no menos horrible en el orden de los hechos : si Rumesnil la amaba, habiéndola poseído virgen y habiéndola hecho madre, no dejaría de casarse con ella. Entonces sería la suprema

felicidad, el cambio completo de su vida, la realización de sus sueños de corazón y de pensamiento, una atmósfera de luz y libertad que envolvería las aspiraciones reprimidas de su juventud... Si no, con su maternidad clandestina, era el derrumbamiento de todo, la caída tenebrosa en un abismo de miserias, una existencia para siempre truncada... Y he aquí que ya no podía diferir la prueba que había de decidir de su porvenir en uno ó en otro sentido. No podía permanecer bajo el peso de una sospecha de complicidad con su hermano Antonio. No podía aceptar que su hermano Juan tuviera respecto de ella una explicación con Rumesnil, sin que ella le hubiese advertido para evitar siquiera una sorpresa. No podía aplazar indefinidamente la confesión de su estado interesante. Los síntomas del embarazo no escaparían al ojo experimentado de su madre. En su candidez por todo lo que concernía á las realidades sociales, entreveía, como una salida posible á esta situación, un matrimonio inmediato, un viaje y un parto lejos de París, que permitiese la pequeña confusión de fechas necesaria para su honor. En estas condiciones cada día que pasaba podría ser un peligro. Todo la impulsaba á tener una explicación con su amante, pero completa, sin ninguna reticencia y que fuese definitiva, — todo, hasta su mismo corazón. Julia estaba ya harta de una incertidumbre que la consumía interiormente, — harta de aplicar á los libros de texto su inteligencia embargada de inquietudes, — harta de mentir... Con esa especie de fatalismo propio de las voluntades más fuertes, y con mayor razón de las sensibilidades turbadas cuando son acometidas por una marea de conjeturas indomables, había percibido en las sospechas de su hermano Juan una indicación de la suerte. Los sucesos ocurridos unos después de otros el

jueves y el viernes, habían acabado de darle esta sensación de su Destino que la llamaba y le hacía decidirse, y se había decidido. Durante esa noche del viernes, en el mismo momento en que Antonio se había rehabilitado ante su padre, citándole versos de Richard; en que los esposos Monnerón se enternecían al recordar su idilio de Niza, en que el joven Gaspar se asombraba á la idea de su « abuelo Granier militarista », en que Juan vacilaba aún sobre la línea de conducta que debía seguir, Julia había empezado á ejecutar su proyecto... En el salón del castillo de Malesherbes donde Rumesnil estaba asombrando á dos duquesas auténticas con su audacia y su generosidad revolucionaria, entraba un criado con un despacho dirigido al gentilhombre humanitario, concebido en estos términos : *Noticias muy graves que comunicarle. No vea á nadie antes que á mí. Esperaré martes á las tres donde sabe.* — D'Estrées.

Esta enigmática firma era muy clara para aquel á quien iba dirigido el llamamiento de la desgraciada joven. ¡Ay Dios! Si ella le hubiera visto recibir ese telegrama, abrirle pidiendo permiso á las señoras ante las que se pavoneaba, estrujar el papel con mano agitada, guardarlo en el bolsillo frunciendo con disimulo las cejas, y reanudar luego la conversación con natural indiferencia! — Los dos amantes tenían sus citas en una casa de la calle que lleva este nombre de *d'Estrées* por llamarse así el último mariscal de esta ilustre familia. Todas las arterias de este barrio de los Inválidos llevan nombres de hombres de guerra. Rumesnil había escogido aquella calle porque era accesible por tres lados diferentes y porque desde la esquina que ocupaba el piso bajo, podía ver la mujer que acudía á la cita, y si alguno la seguía. Fácilmente se comprende

que este discreto asilo de placer no había sido instalado ni utilizado por Julia Monnerón solamente. Esta misma lo sospechaba á pesar de las protestas de su amante sobre este particular, y en sus horas de reflexión adivinaba la triste verdad : creyendo entregarse á un enamorado se había dado á un libertino ya saciado, para quien esta aventura tenía cierto aliciente de novedad. Esta joven intelectual, fina y delicada como una estatua de la edad media, instruída como un profesor y cándida como una novicia, atea y crédula, razonadora y apasionada, mancillada de espíritu é intacta de corazón y de cuerpo, rebelada contra el orden social hasta la anarquía y atraída por todo lo que relumbra y brilla, había apasionado al joven noble. ¡ Ah ! La habitación de la calle *d'Estrées* con sus colgaduras bastante usadas y con sus muebles ya envejecidos, daba á entender que su instalación era ya vieja, y que otras mujeres habían pasado bajo la bóveda en que una puerta á la izquierda daba acceso á una pequeña antesala cubierta de mullida alfombra y apenas alumbrada... ¿ Qué otras ? ¡ Cuántas veces se había hecho Julia esta pregunta al dirigirse hacia la casa misteriosa ! Pero nunca con tanta ansiedad como ese martes que ella misma se había señalado, cuatro días después de las terribles escenas con sus dos hermanos, cuyo resultado era su visita de ahora. Quien la hubiese visto marchar á lo largo de las aceras aquella tarde, no hubiera pensado jamás que iba á una cita de amor, al contemplar su delicada cara descompuesta por la ansiedad. Esa espera de cuarenta y ocho horas había exasperado sus nervios irritados. Sin embargo, no había ocurrido ningún incidente nuevo. No había hablado veinte palabras con Juan, y ni una sola con Antonio. Este exceso de ansiedad se lo debía á Rumes-

nil. A pesar de que en su telegrama no le hubiese pedido que apresurase su regreso, como hemos visto, tenía la firme esperanza de que se pondría en seguida en marcha. Pero en lugar de esto, recibió una cartita diciéndole *que el martes estaría en la calle d'E... ; que para conformarse á su deseo, iría allí derecho desde la estación, á fin de no ver á nadie ; que creía adivinar la causa de su inquietud, pero que no se atormentase ; que si había alguna diligencia que hacer, él la haría si estaba en sus manos...* »

— Cree que se trata de Antonio... pensaba, y se le oprimió el corazón. ¿ Era este el motivo por el que no había venido á pesar del carácter suplicante del despacho ? ¿ Temía que le hiciesen otro empréstito ? Esta hipótesis era cruel, pero no tanto como el terror de lo que vería en sus ojos claros cuando le hubiese pronunciado la frase de que dependía su porvenir : « Estoy en cinta. » Y al ir andando procuraba representarse la cara que pondría su amante al oir estas palabras ; pero no conseguía figurarse su fisonomía. Su imaginación vuelta desde su infancia, por la educación que había recibido, hacia el mundo de las ideas abstractas, carecía de ese poder de evocación visual que dibuja contornos tan precisos como la realidad en la cámara obscura del cerebro... Hacía uno de esos días claros y tibios que dan una gracia de abril á ciertos momentos del otoño de París, y que contrastan con otros de frío prematuro como aquel en que Juan había esperado á Brígida Ferrand. Entonces flota en el aire transparente un poco de esa gloria incierta de la primavera », de que habla un verso delicioso de Shakespeare. Ese encanto se percibe mejor en los barrios de la nobleza donde se encuentran todavía hoteles rodeados de jardines. Los ojos de Julia miraban, casi sin

ver, las verdes ramas que temblaban suavemente por entre las verjas, ó por encima de las tapias. Lo apacible de la hora la embargaba sin quererlo y aumentaba su melancolía. Las preguntas sobre el pasado de su amante le asaltaban el pensamiento con mayor angustia. Sí, ¿quiénes habían sido « esas otras » que, como ella, se habían dirigido, ocultándose, hacia esa casa que pronto iba á ver? A pesar de su falta, el mundo de los amores culpables se le presentaba como una cosa indefinida, confusa. En su candidez persistente, así como en su vanidad infantil, se creía la heroína de una historia novelesca excepcional. Si, como ella no podía dejar de creer, Ademar había tenido en su vida uno ó varios amores antes que ella, esos caprichos no habían tenido nada de análogo con su sentimiento. Eran, ó mujeres casadas, ó aventureras, que no le habían llevado como ella la flor sagrada de su primer amor. Sin embargo, alguna de esas mujeres habría podido amar realmente al joven; alguna habría podido ser quizá madre por él... Todo ese pasado estaba borrado ahora. ¿Sucedería alguna vez lo mismo con su dicha? ¿Llegaría un día en que otra seguiría ese mismo camino para ir al mismo sitio, después de ella?... Cuando llegó á la esquina de la calle, frente á la casa, se paró un momento á mirar las ventanas del piso bajo, cuyas persianas cerradas hacían creer que estaba abandonado. Era una medida de precaución que tomaba siempre Ademar. La incertidumbre de lo que iba á pasar detrás de esas ventanas cerradas le preocupó tanto á Julia, que se precipitó casi corriendo bajo la bóveda, para no esperar y saber su suerte. El ruido de la campanilla que tocó con mano temblorosa, le resonó hasta en el fondo del corazón. La puerta se abrió... Ademar estaba delante de ella, y la

joven se echó en los brazos de su amante, y estrechándole contra su pecho, lanzó este grito en que se desahogaba su agonía:

— « ¡Ah! ¡Te veo! ¡Te toco! ¡Te tengo!... »

Y le acariciaba la cara con sus dedos abrasadores, como para convencerse de que no estaba soñando; que era él. Le estrechaba para apoyar su boca sobre su boca; se desprendía para devorar con los ojos aquella cara que tanto le encantaba, y de repente, mientras él le decía, asustado casi de su exaltación y llevándola al saloncito: « Pero ¿qué ocurre, amor mío? y ¿por qué estás tan trastornada?... » ella se apartó enteramente de él y, dejándose caer en un sillón, rompió á llorar. El joven se había puesto de rodillas á sus pies, y le prodigaba palabras de ternura, procurando calmar una crisis nerviosa que desconcertaba sus previsiones. Los temores de Juan y de Julia no les habían engañado. Antonio había ido á pedir á Rumesnil los cinco mil francos que necesitaba para pagar su deuda criminal. Rumesnil se los había dado al falsario, un poco por caballerosidad y un poco por intimidación. Por contradictorio que deba parecer semejante sentimiento asociado á su conducta, Ademar tenía por Juan una amistad verdadera, y si esta amistad no le había podido contener en su proyecto de seducción, era bastande fuerte para hacerle sentir de veras que su camarada supiese su perfidia. El corazón humano tiene esos ilogismos. Había bastado que Antonio dijese que venía por consejo de Julia, para que el seductor sintiese la amenaza y cediese. Al recibir el despacho de su querida, Rumesnil había pensado que la restitución de la suma no había bastado, — porque Antonio, para arrancarle el dinero en seguida, había confesado una malversación en su

oficina. — Sin duda era más elevada la cifra del robo, y la joven quería obtener de él otro socorro, ó bien alguna diligencia si el malversador estaba expuesto á una arrestación. El joven se había preparado para defenderse lo mejor posible contra otro ataque, bien á su bolsa, bien á su influencia; — no porque desconfiase de su querida, á quien conocía demasiado, — sino porque temía que su peligroso hermano, del que siempre había tenido mala opinión, y que ahora sabía que era capaz de un crimen, no tratase, animado por su primer éxito, de estafarle otra vez, tomando el nombre de su hermana. De modo que había decidido recibir á Julia con cierta frialdad. Pero el trastorno apasionado de la joven, su salvaje ardor en estrecharle contra su pecho, sus frases incoherentes, sus besos, sus lágrimas, todo probaba que esa « noticia muy grave » de que trataba el telegrama, se refería á otra cosa más bien que á una cuestión de dinero... ¿ Qué ocurría ? La conciencia de Ademar no estaba enteramente tranquila sobre un punto : hacía ya unas semanas que empezaba á estar saciado de Julia, y su viaje á Malesherbes no había tenido por objeto cazar faisanes, sino requebrar de amores á una mujer de su rango que parecía dispuesta á « distinguirle » como habría dicho uno de estos Rumesnil de hace ciento cincuenta años, á los que su descendiente se parecía tanto y de tantas maneras. ¿Sería posible que Julia hubiese tenido noticias de esta tentativa de infidelidad ? La razón del libertino le respondía, no; pero su experiencia de las mil complicaciones de la vida amorosa le daba vagos temores que la franqueza de la joven desvaneció al momento; porque, apenas reprimió los movimientos desordenados que la habían agitado, le preguntó sencillamente con voz ahogada todavía por la emoción :

— Amigo mío, sé que mi hermano Antonio vino á verte la mañana de tu viaje. Sé que tenía necesidad de una fuerte suma de dinero y en el acto, de cinco mil francos. Ya ves que estoy bien informada. Tú se los has prestado ¿ no es verdad ? »

— Puesto que lo sabes, ¿por qué me lo preguntas?... contestó Rumesnil. Esta entrada en materia, al desconcertarle de nuevo, despertaba un poco su desconfianza.

— Porque quiero jurarte que no tengo nada que ver en este asunto y temo que ese desdichado abuse de mi nombre. ¿ Cómo ha adivinado nuestra intimidad ? No lo sé ; pero el caso es que la conoce. Él pretende que nos ha encontrado paseándonos juntos en la calle *Amyot* y que ha reconocido tu letra fingida en sobres de cartas... Pero eso importa poco ; lo que importa es la manera con que se ha dirigido á ti. Contéstame : ¿ Te ha dicho que era yo quien le enviaba ?...

— Dejemos eso á un lado, replicó Rumesnil.

— ¿ Sí, ó no, te lo ha dicho ? repitió ella.

— Sí, me lo ha dicho.

— ¿ Y lo has creído ?

— He creído que es tu hermano... repuso el joven, besando la mano de su querida, y le he prestado un servicio. Esta insistencia de Julia le hacía suponer que había sido imprudente con Antonio. Veía que no venía á pedirle otro servicio, sino á pedirle excusas por uno de esos escrúpulos de sentimentalismo que solía tener y que halagaban su fatuidad menoscabando su prudencia. Era cosa que no merecía gran importancia, y así lo demostró añadiendo á la gracia de su gesto una punta de burla amorosa : — Eso era muy natural, y es preciso ser la

tonta Julia para dar importancia á semejantes pequeñeces.

Esta alusión á un mote burlón que él le daba á veces, no mereció la sonrisa de la pobre joven, que dijo gravemente :

— No te chancees ; tú eres muy formal. ¡ Tengo tanta necesidad de que me estimes !... Ante todo, es preciso que estés bien persuadido de que Antonio ha mentido. Yo he hecho cuanto he podido para impedirle que viniese á tu casa. ¡ Él quería enviarme á mí misma ! Bien sabes que yo no te miento. Dime que lo sabes.

— Sí, lo sé, respondió él con la condescendencia que se tiene por un niño enfermo ; y, como seguía sin comprender el estado de fiebre en que la veía, le dió un prolongado beso que ella le devolvió con pasión, sin que se calmase su inexplicable inquietud.

— ¡ Ah ! gracias, dijo ella ; tú me amas... Creo que me amas... Esto me da la fuerza de continuar... Mi despacho te ha anunciado que tenía que comunicarte noticias muy graves. La primera es que también Juan ha adivinado nuestras relaciones...

— Por eso me ha pedido una cita para mañana, dijo Rumesnil. Al oir el nombre de su amigo de la infancia, su fisonomía había cambiado. ¿ Pero cómo puede ser eso ?... ¿ Quién le ha prevenido ? Responde, Julia. ¡ Ah ! si eres tú quien...

— ¿ Y aunque fuera yo ? interrumpió la joven. ¿ Acaso este secreto no es más mío que tuyo ? Si profesas tanto afecto á Juan, debías haberlo pensado antes... prosiguió con singular ironía. Pero tranquilízate, Juan tiene grandes sospechas, pero ninguna certeza. Para tener una quiere verte mañana. Ante todo, te devolverá los cinco mil francos, que ya había

encontrado antes de saber que Antonio había venido á tu casa... Quiero absolutamente que se los aceptes... Conviene que salga de tu casa tranquilo. Te dirá que se ha hablado de tus visitas á la calle *Claude Bernard*, y te rogará que no las repitas...

— Así lo haré... respondió el joven. Si te he ofendido hace un momento, perdóname. Sin embargo, es muy natural que mi amistad por tu hermano subsista al lado de mi amor por ti.

— ¿Tú interrumpirás tus visitas?... dijo Julia, repitiendo : ¿Interrumpirás tus visitas ?... Pero yo no quiero que las interrumpas... ¡ Por Dios ! busca otro medio para que te devuelva su confianza ; pero no ése. ¡ Te veo tan pocas veces ! ¡ Perder aún esas ocasiones de hablarte, de oirte, de verte á mi lado !... No, eso no lo aceptaré nunca. Ni tú tampoco aceptarás no venir á verme, cuando hayas oído la otra noticia .. Y, con voz grave, las manos en las manos de su amante y los ojos clavados en sus ojos, añadió : Estoy en cinta.

La terrible palabra estaba pronunciada, y su profunda mirada buscaba en la clara mirada de Rumesnil esa expresión que debía dar á su pobre corazón, tan agitado y atormentado, la evidencia del amor. Por sus ojos había pasado un relámpago agudo que la estremeció. Era la actitud defensiva del hombre que se siente repentinamente en peligro ante la astucia de la mujer. Y hubo un momento de horrible silencio, después del cual preguntó el amante.

— ¿ Te crees verdaderamente en cinta ?

— Sí, contestó ella sencilla y tristemente. ¡ Qué grande era su angustia en este instante al no recibir más que esa dura y seca pregunta, sin un movimiento de compasión siquiera ! Y él había fijado en ella otra vez su mirada penetrante. Vió que era sincera con tanta

claridad como la estaba viendo á su lado en la penumbra del cuarto de persianas cerradas.

Este corazón empedernido de calavera joven, que hacía tiempo no vibraba más que por el deseo y la curiosidad, experimentó sin embargo un impulso de compasión que tanto necesitaba Julia. Y la estrechó entre sus brazos. Pero ¡ qué vaga y maquinal era esa compasión, y qué mezclada iba de abominables ideas! La infeliz debía comprenderlo más tarde, repasando con el pensamiento los pormenores de esta dolorosa escena. Por el momento ¿ en dónde hubiera encontrado el valor de analizar y de observar, ó la fuerza de resistir á la necesidad que tenía, en su desgracia, de apoyarse en aquel que era su única esperanza y que le decía :

— ¿ Y es ahora cuando has tenido esa idea?... y al responder ella por lo bajo : Hace ya varias semanas .. replicó : — ¿Por qué no me lo has dicho antes?... Pero no podemos decidir nada antes de estar bien seguros de que no te engañas... Lo sabremos con tal que confíes en mí. Esa es la gran cuestión. ¿ Me prometes que confiarás en mí?...

— ¿ Si no confiase en ti estaría yo aquí ? contestó supirando y reclinando su cabeza en el hombro de su seductor, en cuyas palabras su alma extraviada, pero aún sencilla, no distinguía el comienzo del siniestro consejo. Y engañada por esta fingida dulzura, creyéndole poseído de la misma emoción que ella, añadió : ¡ Ah, si yo me atreviera!... Y luego en tono de súplica : « ¿ Si vamos á tener un hijo, le dejaremos nacer así, sin que lleve el nombre de su padre, sin que yo sea tu mujer, tu verdadera mujer ?...

— Si estuviera solo en el mundo y fuera libre de mis acciones ya lo serías... dijo el joven. Ya hacía tiempo que esperaba esta pregunta y que había calculado la

respuesta. Esta temblorosa súplica de la joven era tan humilde, revelaba tan viva nostalgia de la dicha confesada, reivindicaba un derecho tan legítimo, que fué á tocar una cuerda secreta en aquella naturaleza dos veces egoísta de vanidoso y libertino, que continuó no sin cierto remordimiento : « Sabes que mi madre no tiene más que á mí. No puedo casarme contra su voluntad... ¡ He tratado ya tantas veces de irla preparando!... Pero ella tiene sus procupaciones. Dame algún tiempo. Te vuelvo á repetir que confíes en mí... »

Él hablaba y ella le escuchaba contemplándole casi con éxtasis, porque su presencia la hipnotizaba tanto que casi le agradecía los esfuerzos que pretendía haber hecho cerca de su madre, como le hubiera agradecido una promesa positiva. Jamás había sentido Rumesnil tanto como ahora la deslealtad de sus relaciones de alma á alma con esta joven que había seducido, un poco por perversión, un poco por amor propio y mucho por ligereza... ¿Fué para calmar el grito de su conciencia, ó bien para que esta conversación no siguiese por un camino tan escabroso? ¿Había en ese momento en la gracia de Julia una especie de encanto mórbido que encendía sus sentidos ? Meditando ya inducirla á una acción á que ella no se prestaría, ¿ quería ensayar su poder absoluto sobre esta voluntad dominada ? ¿ Esta nueva ligereza y su juventud no fueron la causa de este nuevo capricho ?... Lo cierto es que su engañoso discurso sobre las dificultades que sus deberes de familia oponían á un casamiento en el que jamás había pensado formalmente, terminó con caricias que turbaron una vez más la razón de Julia. Entonces él quiso llevarla al cuarto que daba al saloncito. Julia le había seguido ya hasta la puerta, medio loca, cuando repen-

tinamente se desprendió de sus brazos y le apartó. La joven se apoyaba contra la pared, llevándose la mano al pecho, como si se lo desgarrara un vivo dolor. La embargaba la idea de la maternidad y sentia un escalofrío de horror ante ese delirio físico, como ante una prostitución. Por fin le dijo mostrándole su corazón :

— Acabo de sentir un fuerte dolor... Déjame... He sufrido mucho hoy... Quiero volverme á casa... Y tenía la cara tan descompuesta, que Rumesnil la creyó realmente enferma.

— ¿ Quieres que te acompañe ? le preguntó.

— No, respondió Julia. ¡ No nos faltaba más que encontrará Juan !... Necesito estar sola para serenarme, añadió, llevando esta vez la mano á la cabeza. Después, cuando estuvo á punto de salir y ya en el umbral de la puerta : No estés enfadado conmigo, dijo á Rumesnil, y estrechándole otra vez contra su corazón, añadió : Soy enteramente tuya, tanto que tengo miedo.

— Ya lo veré si eres verdaderamente mía... respondió él con tal expreción que su querida, inquieta repentinamente, le preguntó :

— ¿ Qué quieres decir ?

— Pienso en lo que hemos hablado hace un momento y en tus temores de ser madre.

— No son temores, replicó la joven.

— Sí, deben ser temores, repuso él, ó más bien es verdad, y un siniestro relámpago pasó por sus ojos, mientras que pronunciaba por lo bajo estas palabras equívocas : « *Bien dices, es preciso que no sean temores... No debes ser madre...* Has prometído confiar en mí. Voy á buscar una persona de confianza á cuya casa pueda llevarte lo más pronto posible. No te ocupes de nada. Yo soy el responsable de todas las dificultades en que te encuentres, así como de lo que sea necesario hacer para salir del apuro. Yo te sacaré del paso si quieres hacer lo que yo te diga. Pero, ¡ adiós !...

Julia nada pudo contestar, porque la había dejado helada la terrible insinuación que ahora comprendía. Cuando se encontró en la calle miró á un lado y á otro, como quien se da cuenta del mundo exterior al despertar de una horrible pesadilla. Y empezó á andar de frente automáticamente, repitiendo en el pensamiento estas frases de clara significación en su ambigüedad : *No deben ser temores... No debes ser madre... Confía en mí... Alguna persona de confianza... Yo te sacaré del apuro, con tal que...* La joven seducida escuchaba en su mente esta invitación á los medios criminales que han empleado tantas otras jóvenes para suprimir la prueba viva de su falta. ¡ La había escuchado realmente y no había gritado de indignación ! ¿ Qué poder tenía ese hombre sobre su alma y sobre su cuerpo para que acudiese á él dos horas antes decidida á un supremo esfuerzo y á pedirle que le devolviese el honor y se fuese ahora habiendo faltado poco para ser suya, habiéndose dejado arrastrar hasta el borde de ese abismo de las sensaciones físicas en que la voluntad se derrite como la cera en el fuego, y habiendo escuchado ese infame consejo? Le parecía que su mismo silencio la había hecho cómplice. Se sentía como mancillada por esas asquerosas palabras, ahora que la magia de la preseneia del seductor no obraba sobre ella, que ya no oía su voz, no veía su rostro y sus movimientos, ni respiraba la misma atmósfera. A medida que se alejaba de la calle *d'Estrées*, el miedo de sentirse bajo la influencia de este amante capaz de haber concebido tan horrible proyecto, se iba agrandando tanto que apenas la podían sostener sus

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEX.